

Decíamos el domingo pasado que la consigna de reforma y renovación social que León XIII presentara como la más urgente e imperiosa fué acogida por el mundo fiel con una indiferencia y apatía que merecen una condenación expresa y solenne de Pío XI y no pudo surtir el efecto que se deseaba porque la minoría de los que se adhirió fué tildada inmediatamente de innovadora peligrosa. Sin embargo los Vicarios de Cristo que gobiernan la Iglesia por inspiración del Espíritu Santo como nos enseña nuestro catecismo, no han cesado de reconocer esa urgencia y apremio de una profunda reforma social y han seguido propugnando con todas sus fuerzas. A León XIII le sucede en 1903 el Papa Pío X, el Papa de la Eucaristía y de la Piedad que resaltará la gravedad del problema en más de una ocasión invitando a los católicos a dar una solución segura y pronta según los principios enseñados por su predecesor al problema social constituyendo la vanguardia social de la humanidad.

Benedicto XV que le sucede el año 14 y que gobierna en plena guerra europea y que no sustraerse al estudio y a la consideración de los problemas de la guerra, como el problema de los prisioneros, socorro, a las víctimas de la guerra, que le llevaban muchísimo tiempo y naturalmente le absorbían en gran parte la atención, sin embargo no deja de reconocer y enseñar que la paz no reinará nunca de una forma estable aun cuando se armen las armas a los combatientes si no desaparecen otros focos del malestar y principalmente la injusticia social. Hoy resulta interesante leer sus lecciones que apuntan con una clarividencia la virulencia que había de adquirir este problema si no se llegaba a una distribución más equitativa de los bienes y se elevaba el nivel de las masas proletarias. Es este Papa quien sugiera la idea de la necesidad de establecer cátedra de enseñanza social en los seminarios y centros eclesíasticos y exhorta a los sacerdotes para que consagren la principal atención al estudio y a la solución de este problema mediante una formación propia y de los fieles que les han sido encomendados.

El año 22 le sucede Pío XI, el gran pontífice de las misiones y de cuestión social, del que podemos afirmar que tuvo esta preocupación por la suerte de los obreros y de los infieles como la principal y casi única de su vida. Podemos decir que su pluma no ha salido ni de su boca se ha escuchado un discurso en los que no haya dejado alguna huella de esta su preocupación. Sin embargo cómo lastimaba su corazón la indiferencia y apatía de grandes masas de católicos que permanecen neutrales y cómo le hieren las críticas de los que aun se atreven a criticar su postura, que tampoco faltaban y lo sabía. Así en el prólogo de su Q.A. que es su documento social más importante acaso saliendo al paso de estos católicos que o se extrañan de que un Papa hable de eso y menosprecian sus consignas estampa estas durísimas palabras... "blasfeman, dice, blasfeman esos tales de lo que ignoran o no entienden lo que de alguna forma conocen o si entienden merecen ser condenados de injustos y de ingratos..." Pero veía que a pesar de todo el mundo católico no se movía o no arrancaba dando impresión de estar efectivamente confabulado con el capitalismo... y después de condenar el comunismo, pero después de condenar siguiendo el consejo de un filósofo del siglo XIX conociendo las verdades que contiene, cierra dicha encíclica con unas palabras de condenación para los católicos que con su manera de obrar han contribuido en gran manera a quebrantar la confianza de los trabajadores en la Iglesia católica. No querían, comprender, dice, no querían comprender que la caridad cristiana impone el reconocimiento de los derechos que se deben a los obreros y que la Iglesia los ha reconocido expresamente. Cómo juzgar, dice al fin como juzgar la conducta de los patronos católicos que llegaron incluso a impedir la lectura de nuestra encíclica Q.A. en sus iglesias patronales?